

EL JUEGO DE LAS REPETICIONES

Aquella mañana clara y luminosa del mes de mayo se había levantado pronto, casi con las primeras luces del alba. Preparó sus útiles de pintura y abandonó París, sin rumbo determinado, buscando algún tema interesante que plasmar en el lienzo. Caminó un buen rato por los suburbios, que se le antojaban demasiado tristes, vulgares y conocidos. Cuando la grisura de los barrios pobres de la ciudad se transformó en huertos floridos y en interminables campos verdes, se fue animando. La Naturaleza lucía en todo su esplendor y le transmitía renovados sentimientos de alegría y esperanza. Atrás quedaba el crudo invierno parisino, el contemplar a través de la ventana de su buhardilla el monótono vals de la nieve al caer, sus dedos ateridos de frío que apenas sujetaban el pincel, las toses matutinas, el miedo a la enfermedad, el acoso de los acreedores, las estériles tertulias de café; elucubraciones sobre el Arte envueltas en humo de tabaco. “Señores, el Arte es acción, dejémonos de teorías, pintemos la vida. Los símbolos, para los literatos...”, le habría gustado decir en un discurso encendido, vital, pero siempre había pintores más prestigiosos que él pastoreando las opiniones del tabernáculo.

No se decidía en la elección del motivo. Tras deambular unas dos horas, vio algo que le interesó. A unos cuatrocientos metros de distancia, al fondo de un suave declive, se alzaba solitaria una casa de recreo, sin la vulgaridad de las granjas de los alrededores, aunque tampoco con el boato de una gran mansión. Sus muros eran de un blanco reluciente y disponía de tres plantas rematadas en un tejado azul, con dos buhardillas en su lado frontal y una gran chimenea de ladrillo rojo. La casa estaba oculta en parte por una frondosa vegetación.

Plantó el caballete a los pies de un árbol, que le ofrecía algo de sombra, y, sin mayores preámbulos, partiendo de un breve esbozo, se puso a manchar la tela con la pintura disuelta en trementina. Por el cielo de un azul intenso navegaban perezosamente algunos cúmulos; nubes de apariencia algodonosa, con múltiples matices de blancos, grises, ocre, lilas... Él siempre pensó que un buen pintor de paisajes es quien sabe representar las fluctuaciones apenas inasibles del cielo. Encima de la casa, como si fuese a desplomarse sobre ella, gravitaba amenazadora una gran nube blanca. Consciente de la caducidad del instante, pretendió atraparla, deseó por unos segundos ser fotógrafo, pero su oficio era mucho más pausado. Perfiló su contorno evanescente, y luego la fue moldeando poco a poco. A continuación, en primer plano, pintó algunos manzanos en flor, y más abajo, en la ligera hondonada, unos árboles que le parecieron robles, y la casa, empequeñecida por la Naturaleza circundante.

En tres horas la pintura estaba acabada y puso la firma en una esquina del lienzo. Pensó, quizá de forma ilusa, que al dueño de la casa pudiera interesarle un paisaje en el cual figurase su propiedad retratada al fondo, y con esa leve esperanza se encaminó hacia allí. En contadas ocasiones le había funcionado este tipo de operación; normalmente, los posibles clientes sólo compran aquello que han encargado antes. De vez en cuando observaba la obra recién hecha y pensaba con amargura: “Es verdad lo que dicen mis compañeros de oficio, no he aprendido a captar la fugacidad del momento, esa vibración de la Naturaleza... esa fragilidad. La nube pintada sobre la casa pende inmóvil, excesiva, pesada, como si fuera de mármol... y sin embargo el edificio de sólidos muros parece tan insignificante a su lado. Con razón me decían que yo soy un nuevo Poussin, que paraliza el tiempo”.

Nuestro pintor intentaba contrarrestar con valor su supuesta ausencia de talento, cuando llegó al pie de la verja que daba acceso al jardín, que vio completamente abierta. Siguió por el sendero que confluía en la fachada del edificio sin encontrarse con nadie, y cuál fue su sorpresa al comprobar que la puerta principal también se hallaba abierta de par en par. Se detuvo un instante sin saber qué hacer, albergaba el temor de quien entra en una propiedad privada sin ser invitado. ¿Y si salía un perro a su encuentro, o algún sirviente pensaba que era un intruso con intenciones de robar? Armándose de coraje penetró en el interior de la casa y en el amplio vestíbulo gritó varias veces: “¿Hay alguien ahí?”. Pero sólo se percibía un espeso silencio. A mano derecha vio unas puertas abiertas y se introdujo en lo que parecía la estancia noble de la casa, lujosamente decorada con un mobiliario de gusto exquisito y con profusión de pinturas, grabados y bronce. Llamaba la atención en una de las paredes una gran chimenea trabajada con relieves y sustentada por dos cariátides de piedra. Echó un vistazo alrededor y observó cómo en el centro de la sala, y encima de una mesa rectangular de caoba, reposaba una bandeja, y sobre ella, varios objetos: dos botellas, una de absenta y otra de coñac, así como sendas copas, un plato con pastas, y, lo que realmente le intrigó más, un pequeño sobre cerrado en el cual alguien había escrito con elegantes trazos en perfecta caligrafía: *A la atención del pintor*. Todo aquello le pareció tan misterioso, ¿la carta iba dirigida a él? No había nadie más en la casa en ese momento, y era el único pintor allí presente. Rasgó el sobre con ansiedad para ver su contenido. Dentro de él, unos billetes, cincuenta francos en total, una llave y una nota con el mismo tipo de letra, elegante y delicada, que nuestro protagonista creyó escrita por la mano de una mujer. Después de darle la bienvenida a su casa, la esquila le recomendaba sentarse un rato a descansar, tomarse una copa y comer algo para reponer

fuerzas. *El dinero es a cambio del cuadro que usted ha pintado*, rezaba el escrito. Y añadía: *Coja la llave, suba por las escaleras hasta la primera planta, siga por el pasillo a mano izquierda, al fondo verá una puerta de color verde, ábrala y deposite el lienzo allí. Luego cierre de nuevo con llave y coloque ésta sobre la bandeja en donde la ha encontrado*. Así concluía el mensaje, la esquila era anónima,

Después de leer la nota, nuestro pintor se sintió más aliviado. Descargó el caballete de campaña y el resto del equipo de pintura sobre el *parquet*, y tomó asiento con relajo, como si se hallara en el café *La Nouvelle Athènes* acompañado de sus amigos artistas. Lo más conveniente sería seguir las instrucciones al pie de la letra. Guardó los cincuenta francos en su bolsillo. Comió con glotonería las pastas que le dejaron sobre el plato, y luego, como colofón, se sirvió una copa de absenta (bebida muy popular entonces entre los círculos bohemios). Sintió el ardor del “hada verde” al deslizarse por su garganta. Fue en ese momento cuando fijó su atención en un gran cuadro situado en la pared de enfrente; el retrato de una mujer madura vestida de negro. Se levantó de la silla con la copa en la mano, y aproximándose a la pintura la observó detenidamente. El óleo estaba trabajado a la manera impresionista; con largas manchas en el fondo y en el traje negro, y pequeñas pinceladas yuxtapuestas en rostro y manos. La mujer retratada, de figura muy esbelta, tenía los cabellos rubios y lacios, recogidos hacia atrás, dejando la frente despejada. Los ojos, redondos, de un azul muy claro, miraban de forma lánguida y melancólica. La nariz era algo grande, aguileña, y la boca, menuda, sonreía con un extraño rictus irónico, como si fuese una niña mala dispuesta a hacer una travesura. Con la mano derecha, de largos dedos blancos, acariciaba la cabeza a un perrillo de aguas de color canela. Realmente, los ojos y la boca de la retratada no encajaban, ofreciendo la impresión de pertenecer a dos personas distintas, o mejor dicho, a una mujer en la que convivieran dos personalidades diferentes. Salvo por esta rareza (tal vez exagerada por los efectos de la absenta en quien contemplaba el cuadro), la obra era de una calidad notable. Se fijó en la firma: Morisot. Recordaba el nombre, había oído hablar de ella en las tertulias del café. Sin duda la dama del retrato debía de ser la dueña de la casa, y, a juzgar por su vestido enlutado, la viuda de algún rico burgués. Es probable que una de sus aficiones favoritas fuese coleccionar obras de arte. Nuestro pintor levantó su copa haciendo el gesto de brindar en honor de la mujer del cuadro, y apuró lo poco que le quedaba de licor verde.

Obedientemente, el intruso siguió las instrucciones de su benefactora. Se acercó a donde estaba la llave y la guardó en el bolsillo. También hizo lo mismo con la nota, por

precaución; ¿y si alguien lo sorprendía al subir las escaleras y le pedía explicaciones acerca de su presencia allí? Aquel papel, supuestamente escrito por la señora de la casa, era una especie de invitación, un salvoconducto, o eso pensaba él. Cogiendo la tela pintada con cuidado para no mancharse, subió despacio las escaleras hasta la primera planta, luego torció a mano izquierda, y continuó por el pasillo hasta el fondo, en donde localizó la puerta de color verde. La iluminación no era muy buena, pero aún así atinó a introducir la llave en la cerradura, y la puerta cedió. Dentro del cuarto había una mayor claridad por la presencia de una ventana que comunicaba al exterior. Le asombró la cantidad de lienzos allí reunidos; varios de ellos colgaban sobre las paredes de la habitación, enmarcados. Fue examinándolos uno a uno, todos con el mismo motivo, el exterior de la casa donde se encontraba, visto bajo distintos ángulos, perspectivas, distancia, y en diferentes estaciones y horas del día. Incluso le impresionó un nocturno, en el que la fachada aparecía iluminada de forma fantasmal. Pasó un buen rato contemplando aquellos cuadros. Partían del mismo modelo, y, sin embargo, no encontró ninguno igual, cada uno de ellos expresión única y singular de la personalidad y talento de cada autor. La calidad de los óleos también era muy diversa. Eso le reconfortó, porque juzgaba honestamente que la pintura realizada por él esa mañana no podía considerarse una obra maestra. Depositando junto a los otros su lienzo, de forma que permaneciera bien visible, salió a continuación cerrando la puerta con llave. Regresó al salón sin toparse con nadie, quién sabe si los moradores de la casa no estarían escondidos espiándole. Dejó la llave sobre la bandeja, y recogiendo sus cosas, abandonó la villa misteriosamente solitaria.

El sol aún estaba alto, quedaban unas cuantas horas de luz y podría llegar con tranquilidad a París antes del anochecer. Sintió el tacto de los billetes en el bolsillo del pantalón. Pocas veces habían pagado tan generosamente una de sus obras. Cuando llevaba recorridos unos doscientos metros, observó con sorpresa que había un pintor a un lado del camino intentando plasmar en el lienzo el mismo motivo que a él le había ocupado horas antes. No le sonaba su cara. Cuando pasó junto a él tuvo la tentación de explicarle lo que le había sucedido, pero era todo tan extraño como en un sueño, seguramente no le creería. Al final pensó: “Bueno, que actúe según su instinto”. Hizo un leve ademán de saludo con la mano y el otro apenas le contestó, pues parecía concentrado en su empeño de pintar la casa. Tras andar unos metros, nuestro hombre se volvió, la gran nube blanca que pintase por la mañana había desaparecido, y ahora ocupaba su lugar una nubecilla gris, desflecada e insignificante, que el viento arrastraba a la deriva por el azul del cielo.

EN EL JARDÍN

Cuando éramos niños, durante las vacaciones, mi hermana y yo solíamos frecuentar el jardín; un recinto amplio, anejo a la principal edificación de la hacienda, y que se hallaba aislado de las dependencias domésticas y de los cobertizos para la ganadería. En cierta forma, era nuestro rincón favorito, pese a las prevenciones de nuestros padres. No es que hubiese peligro alguno en el jardín, al igual que cualquier otro, cubierto por un césped verde brillante, salpicado de arbolillos de copa redondeada que proyectaban sus sombras añiles sobre la yerba, así como de algunos setos alrededor de la vereda, recortados con pericia por Marcial, nuestro jardinero. Al pie de las escalinatas conducentes a la gran casa se alzaban dos finas palmeras de troncos altos, flexibles, y de hojas amarillentas, algo desmochadas. En uno de los flancos del edificio podía contemplarse un parterre en donde crecían unos rosales de exuberante colorido, de los cuales estaba orgullosa mi madre, siempre dispuesta a mostrárselos a las visitas. En el centro del jardín, una pileta de superficie rectangular y agua azul turquesa servía para refrescarnos del sofocante calor tropical. Después de darnos un chapuzón, tomábamos el sol sobre las toallas, inventábamos algún juego divertido, o lo que era más frecuente, las conversaciones fluían de forma natural en torno a lo que imaginábamos que ocurría al otro lado de la tapia. Cada año se incrementaba la altura del muro que rodeaba el perímetro del jardín. En un principio, de alrededor de dos metros, a nosotros, unos niños de escasa estatura, nos parecía ya suficientemente elevada. Pero nuestros padres estaban preocupados porque el jardín lindaba con una espesa selva, cuyo colorido variaba del verde esmeralda hasta un verde negro y opaco, casi tan insondable como el cielo nocturno.

En realidad, sólo disfrutábamos del jardín los meses de verano. El resto del tiempo permanecíamos en el internado de un colegio para niños ricos, en la capital, situada a unos cien kilómetros de nuestra casa. Marcial, que a su función de jardinero añadía la de ser nuestro “ángel custodio”, nos explicaba parcamente las novedades: “Este año hemos aumentado la altura del muro un metro más”. “¿Por qué?”, preguntábamos al unísono mi hermana y yo mirándonos atónitos. Él, de rostro moreno y curtido, y maliciosos ojos achinados, nos decía muy serio: “Los patrones temen la invasión de la selva”. Entonces alzábamos los ojos por encima de la tapia y veíamos una densa arboleda, cada vez más alta y amenazante, poblada de ruidos extraños que Marcial sabía identificar perfectamente: “¿No oís, el “hua, hua...” del guacamayo, el aullido del mono, el rugido del jaguar...?”. Hubiésemos

querido tener más información de lo que sucedía al otro lado, pero Marcial era un indio silencioso a quien no agradaban las preguntas impertinentes de los niños. A veces llegaban a nuestros oídos rumores e historias que circulaban por la hacienda. “Todavía hay tribus salvajes, detrás de la tapia, que no han visto nunca al hombre blanco. Puede que incluso sean caníbales”. Una mucama nos habló acerca de jóvenes de aldeas próximas raptadas durante la noche que no regresaron nunca ni se supo su paradero. Los más supersticiosos comentaban en voz baja que la selva estaba habitada por demonios disfrazados de animales.

El último verano que pudimos disfrutar del jardín vimos sin asombro cómo el muro había sido elevado aún más. Marcial comentó orgulloso: “Ya alcanza una altura de cinco metros”. No nos preguntábamos el porqué, conocíamos los peligros de la selva, y de que era necesario hacer frente a su avance. Ese mismo año hubo una novedad inquietante. Por encima del muro colgaban las ramas de unos corpulentos árboles, de las cuales pendían unos frutos de tamaño y forma semejante al de sandías pequeñas, de piel clara y suave, entre ocre y rosada, y cubierta su superficie por manchas caprichosas en tonos más oscuros (que con un poco de imaginación infantil, recordaban ojos o bocas humanas). Algunos de esos frutos caían a nuestro jardín, y, al golpear el suelo, se abrían por el impacto, descubriéndonos los secretos de su interior: una pulpa densa y blancuzca, como de carne cruda, y un jugo de color escarlata, similar a la sangre en su aspecto. Un día mi hermana hurgaba con un palito en uno de esos raros frutos, y nuestro jardinero, vehemente, le previno a grandes voces: “¡No, no, ni se le ocurra, señorita, es una fruta muy venenosa!”. Desde entonces, con el fin de evitar riesgos, se nos prohibió acercarnos a menos de diez metros del muro, y para ello fue marcada una línea blanca sobre el césped que no debíamos cruzar.

Todos los días, tras bañarnos en la pileta, tomábamos el sol encima de las toallas y observábamos cómo Marcial, con la ayuda de un machete y subido a una escalera, podaba aquellas ramas que invadían nuestro lado del muro. A continuación, protegido por unos guantes, recogía con sumo esmero los frutos desperdigados sobre la yerba y los apilaba en la carretilla. No se lo quise decir en aquel momento a mi hermana para no asustarla, pero vistas desde allí, a cierta distancia, las formas redondeadas de los frutos parecían tiernas cabecitas de niños decapitados cuya sangre inocente rebosaba por los laterales de la carretilla.